

Monsieur Bovary
(y otros amigos tenaces)

www.elboomeran.com/

Alberto Manguel

Monsieur Bovary
(y otros amigos tenaces)

Ilustraciones de Antonio Seguí

Alianza editorial

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alberto Manguel

c/o Schavelson Graham Agencia Literaria

© www.schavelsongraham.com

© de las ilustraciones: Alberto Seguí, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-295-1

Depósito legal: M. 30.265-2018

Printed in Spain

Índice

11	Preámbulo
19	La Bella Durmiente
25	Caperucita Roja
31	El doctor Fausto
37	Don Juan
43	El Bello Antonio
49	El Conde Drácula
55	El Monstruo de Frankenstein
61	Monsieur Bovary
67	Gertrudis
73	Job
79	El Judío Errante
85	Lilit
93	Long John Silver
103	Sinbad
109	Robinsón Crusoe
115	Quasimodo
121	El Capitán Nemo
131	Agradecimientos

*Para Amelia que quiere ser princesa
y para Olivia que quiere ser dragón*

Preámbulo

Las guías de turismo ofrecen recorridos de los arduos caminos de Ulises y del Quijote. Vetustos edificios albergan la alcoba de Desdémona y el balcón de Julieta. Una aldea colombiana dice ser el verdadero Macondo de Aureliano Buendía y la isla de Juan Fernández se ufana de haber recibido hace siglos a aquel singular imperialista, Robinsón Crusoe. Durante años, la oficina de correos británica debía ocuparse de la correspondencia destinada al Sr. Sherlock Holmes de 221B Baker Street, mientras que el desalmado Charles Dickens recibía un sinfín de cartas injuriosas por hacer morir a la Pequeña Nell en una de las últimas entregas de El Almacén de Curiosidades. La biología nos afirma que somos descendientes de seres de carne y hueso pero, íntimamente, nos sabemos hijos del sueño, del papel y de la tinta. Hace varios siglos, Luis de Góngora los definió así:

*El sueño, autor de representaciones,
en su teatro sobre el viento armado,
sombras suele vestir de bulto bello.*

Por cierto, los lectores del mundo entero dicen venerar las sombras de Cervantes y Shakespeare, pero éstas, inmortalizadas en retratos imaginarios y solemnes, son menos tangibles que las de sus inmortales criaturas. Conocemos las complejas pasiones de Dido y de Don Juan, mucho mejor que las intimidades de Virgilio o de Molière, a menos que éstas últimas nos hayan sido reveladas por un Dante o un Bulgákov. Los lectores lo hemos sabido desde siempre: los sueños de la ficción engendran las verdades de nuestro mundo.

Dante lo sabía. En el canto IV del Infierno, después de atravesar la terrible puerta que borra toda esperanza, Virgilio muestra a Dante el noble castillo que alberga las almas de los justos nacidos antes de la venida de Cristo. Entre los hombres y mujeres de ojos lentos y graves que allí se encuentran, Dante ve a Eneas, el héroe soñado por Virgilio, y no le dedica más que dos palabras: «ed Enea.» Dante parece entender que si a Virgilio le debe conceder la compleja realidad requerida por uno de los tres protagonistas principales de la Comedia, el personaje imaginado no puede tener el mis-

mo peso que el de su imaginador. Eneas existe, pero como una sombra menos que fugaz, para permitir que Virgilio se convierta, no ya en el autor de la Eneida, sino en un memorable sueño de Dante.

Arraigados en su historia, los personajes de ficción no se contentan, sin embargo, con los límites que las cubiertas de un libro les imponen, por breve que sea su espacio. Hamlet nace ya hombrecito en los almenajes de Elsinore y fallece entre un cúmulo de cadáveres en una de las lúgubres salas del castillo, pero generaciones de lectores han rescatado los eventos de su infancia freudiana y sus sucesivas e inauditas transformaciones políticas. Pulgarcito se ha hecho hombre, Helena ha envejecido, Rastignac trabaja en el Fondo Monetario Internacional, Artemio Cruz ha plantado pica en otros países de América Latina, Sinbad vive en una casucha de refugiados en la playa de Lampedusa, Kim ha sido reclutado por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico y la Princesa de Clèves se ha visto obligada a hacer la cola en una oficina de empleos de Francia. A diferencia de sus lectores, sin embargo, que envejecen y nunca vuelven a ser jóvenes, los personajes imaginarios son, al mismo tiempo, quienes fueron cuando los leímos por primera vez, y también el fruto de nuestras nuevas lecturas. Todo personaje se reconoce en Proteo, aquel dios del mar a quien Poseidón concedió el poder de transformarse en cualquiera de las formas del universo.

No todos los personajes de la literatura son los compañeros de todo lector; sólo los que más queremos nos siguen a lo largo de la vida. En mi caso, no siento los problemas de Renzo y Lucia, de Mathilde de la Mole y de Julien Sorel, como míos; me sé más cerca del Capitán Nemo y del melancólico Monsieur Teste. Los más íntimos son otros: el Hombre Que Fue Jueves misteriosamente me ayuda a sobrevivir el absurdo de cada día de la semana; Príamo me enseña a llorar la muerte de amigos más jóvenes y Aquiles la de mis queridos mayores; Caperucita y Dante me guían a través de los oscuros bosques del medio del camino de esta vida; ese amigo de Sancho, el desterrado Ricote, me permite entender algo de la noción de la infamia del prejuicio. ¡Y hay tantos otros!

Las nuevas tecnologías nos proponen la amistad constante de cientos de miles de seres que pueden ser (o tal vez no) inventados. Estas volátiles relaciones debieran, nos dicen las grandes compañías mercantiles, bastarnos para ser felices. Sin embargo, a pesar de su poderosa insistencia, estos amigos virtuales no son aquellos que nos acompañan en nuestras soledades. Podemos intercambiar con ellos incansables nimiedades pero, si somos lectores, no son los habitantes de Facebook quienes nos esclarecen y advierten y consuelan.

En la lejana infancia de mi generación, los compañeros de juego fueron Alicia y Pinocho, Sandokán y Fantomas; es más probable que a los niños

lectores de hoy los acompañen Harry Potter y los monstruos de Maurice Sendak. Todos estos personajes son tan fieles que poco les importan nuestros achaques y flaquezas. Ahora que mis huesos apenas me permiten alcanzar los libros de las estanterías más bajas, Sandokán sigue llamándome a la aventura y Fantomas me incita a vengarme de los necios, mientras que Alicia, con mucha paciencia, vuelve a contarme el mundo a través de ese espejo que sin duda me tocará atravesar dentro de poco, y Pinocho continúa preguntándome por qué no basta ser aplicado y honesto para ser feliz. Y yo, tal como me ocurría allá lejos y hace tiempo, sigo sin encontrarle una respuesta. Pero persisto.

Alberto Manguel

La Bella Durmiente

